

KONRAD ADENAUER, UN MODELO IDEAL PARA ADOLFO SUAREZ

La política de centro del canciller alemán fue la que hizo resurgir a su país de los escombros en que la dejó el nazismo ● Lo que podría inutilizar a Suárez y su Gobierno es el uso del poder para la adulteración de las elecciones

QUERIDO director:

Entre los diversos argumentos que contra la comparecencia del jefe del Gobierno al frente de un centro electoral se esgrimen, uno de los que se esgrimen más es el de la suerte que don Manuel Portela y su partido sufrieron a manos de los electores el 16 de febrero de 1936. Si es uno de los que más se esgrimen, también es uno de los más falaces. Es, asimismo, señor director, una de las manifestaciones de que, aunque hemos dejado atrás la dictadura, seguimos apegados a sus hábitos mentales y, a la menor ocasión, nos lanzamos a hacer verdades absolutas de aquellas que sólo son verdades a medias, poseídos de que, como si aún viviera el dictador, nadie se nos puede subir a las barbas.

Aún no hemos acabado de darnos cuenta de que ahora todos nos podemos subir unos a las barbas de los otros, y todos debemos ponerlas de remojo antes de lanzar proclamaciones sacrosantas.

Sin duda de que el partido de mi tan recordado y entrañable amigo, don Manuel Portela, sufrió un revés muy grave, señor director, en los comienzos del 16 de febrero.

La exclusión del centro

Pero por que Portela haya fracasado con una formación de centro, ¿hay que sacar la consecuencia de que el centro debe ser excluido de la política española para siempre y don Adolfo Suárez no puede cosechar en las próximas urnas más que una catástrofe si sale acudillando un partido razonable?

¿Qué es lo que podríamos decir, señor director, entonces de los que en las próximas elecciones van a acudillar partidos cristiano-demócratas o fascistas o, para el caso, so-

cialistas y comunistas, o liberales y conservadores? No hay más que ver lo que ocurrió a los cinco meses exactos para darse cuenta de que lo que el 16 de febrero fracasó no fue el partido de Portela, sino todo el sistema político, sin excepciones, montado por la República y de que no es más que una superchería pretender que el 16 de febrero constituya un escarmiento eterno contra el centro y la moderación y no los constituya contra los extremismos o la violencia.

A mi modo de ver, no es poniendo el espejo sobre la estampa del 16 de febrero como aquí ahora debemos elegir los escarmientos o los estímulos para lo que tenemos que hacer en España. El 16 de febrero no nos ofrece más que ejemplos negativos y que hay que evitar lo mismo por la izquierda que por la derecha.

En vez de la vista al 16 de febrero del 36, a donde yo la volvería, para encontrar la lección política que yo desearía que aprendieran los españoles, es al año 49 y la República Federal Alemana.

No es el papel de don Manuel Portela el que me gustaría verle asumir a don Adolfo Suárez, pero tampoco es el de don Manuel Azaña, el de don Francisco Largo Caballero, el de don José Antonio Primo de Rivera, el de don José Calvo Sotelo o el de la Pasiónaria, todos ellos igualmente tristes, si no más, que el de don Manuel Portela.

El equilibrio de Adenauer

El papel en el que Suárez valdría la pena de que se mirara para darle a la monarquía española la estabilidad, el equilibrio y el éxito que España merece es el de Adenauer.

Konrad Adenauer, que, recordémoslo, subió al poder después de que había cumplido setenta y dos años, y lo mantuvo en sus manos más de diez, durante los cuales elevó a Alemania desde los escombros en que la dejó el nazismo hasta uno de los países más respetados del mundo.

Habiendo sido una política característica de centro (el partido al que, antes de que fuera atropellado y destruido por Hitler, pertenecía Adenauer se llamaba precisamente

(sus adictos nunca le añadimos a su nombre el Valladares que sus detractores suelen añadirle ahora) no es la única política de centro que puede hacerse. Prueba, además, que si es una superchería el reproche que a Suárez se le hace de que una política de centro no puede sino fracasar, es igualmente inapropiado el otro reproche según el cual Adolfo Suárez no tiene derecho a intentar la conducción de España hasta la estabilidad definitiva por la simple razón de que el poder que ostenta lo ha recibido de manos de Su Majestad el Rey.

¿Los que creen que el poder de Adolfo Suárez no está legitimado democráticamente porque lo recibió de manos del Rey, saben de dónde recibió Adenauer su poder, y no sólo

Augusto ASSIA

(Continúa en pág. sigte.)

(Viene de la pág. anterior)

su poder, sino la constitución con que hoy se sigue rigiendo la República Federal Alemana y con la que el Gobierno ha pasado de manos de los cristiano-demócratas a las de los socialistas, ha sido de manos de los tres generales: el inglés, el americano y el francés, que asumieron la administración de Alemania después de la victoria sobre el nazismo?

¿No cree usted, querido director, que basta con plantear la anterior pregunta después de constatar que fue de puro, purísimo y tradicional centro la política con que Adenauer (para no hablar de De Gasperi) salvó de la catástrofe nazi a Alemania, a fin de poner en duda, por lo menos, los dos principales argumentos que aquí esgrimen las izquierdas y las derechas contra Suárez y la posibilidad de que Suárez salga a la palestra con una formación de centro. Asumir que porque lo designó el Rey, Suárez ha de ser un presidente del Gobierno de segunda categoría al que no le corresponden los derechos, le corresponden a su función y que el centro y el Gobierno, aunque el Gobierno es centrista, tienen que ser separados, no tiene nada que ver con la política europea de después de la última guerra, querido director, en la que las líneas maestras han estado determinadas por dos principios en los que Adenauer ha conseguido más éxito que nadie, pero que todos los políticos europeos de los últimos treinta años han perseguido por igual.

Los dos principios

Primer principio: Darle a los países una forma de gobierno estable y equilibrada en la que oposición y poder se alternen.

Segundo principio: Arbitrar una constitución que facilite el primer principio.

¿Lo que los puristas quieren aquí es todo lo contrario, es que en honor de un concepto teológico de la legitimidad lo que los puristas quieren es que lo que salga de las elecciones sea la imposibilidad metafísica de que se imponga un gobierno estable y equilibrado como el que de la combinación del actual Gobierno y un triunfo centrista podría salir? Que los españoles se miren en el espejo de Alemania y Adenauer, ya que con nuestra historia no nos es fácil mirarnos en el de Inglaterra o en el de los Estados Unidos, y mediten si se jus-

que podría inutilizar a Suárez y su Gobierno no es que lo haya nombrado el Rey ni quiera llevar una política de centro, lo único que podría inutilizarlo es el uso del poder para la adulteración de las elecciones o la violación de la voluntad de los españoles, pero mientras no hayan ninguna de estas dos cosas, sino todo lo contrario, el Gobierno y Suárez tienen tanto derecho como el que más a concurrir a las elecciones y, probablemente, más posibilidades que nadie a fin de conseguir una mayoría sólida que le facilite a España una perspectiva en la que el porvenir esté garantizado al menos por cinco años. Si esta es una tesis política mala, yo, señor director, perdóneme, pero soy partidario de una mala tesis política, con lo que le saludo cordialmente.

Augusto ASSIA